

El pueblo no tenía el menor sentido social; las familias se metían en sus casas, como los trogloditas en su cueva. No había solidaridad; nadie sabía ni podía utilizar la fuerza de la asociación. Los hombres iban al trabajo y a veces al casino. Las mujeres no salían más que los domingos a misa [...].

Muchas veces a Hurtado le parecía Alcolea una ciudad en estado de sitio. El sitiador era la moral, la moral católica. Allí no había nada que no estuviera almacenado y recogido: las mujeres, en sus casas; el dinero, en las carpetas; el vino, en las tinajas. [...]

Esta perfección se conseguía haciendo que el más inepto fuera el que gobernara. La ley de selección en pueblos como aquél se cumplía al revés. El cedazo iba separando el grano de la paja, luego se recogía la paja y se desperdiciaba el grano. Algún burlón hubiera dicho que este aprovechamiento de la paja entre españoles no era raro.

Por aquella selección a la inversa resultaba que los más aptos allí eran precisamente los más ineptos [...].

La política de Alcolea respondía perfectamente al estado de inercia y desconfianza del pueblo. Era una política de caciquismo, una lucha entre dos bandos contrarios, que se llamaban el de los Ratones y el de los Mochuelos; los Ratones eran liberales, y los Mochuelos, conservadores.

En aquel momento dominaban los Mochuelos. El Mochuelo principal era el alcalde, un hombre delgado, vestido de negro, muy clerical, cacique de formas suaves, que suavemente iba llevándose todo lo que podía del Municipio.

El cacique liberal del partido de los Ratones era don Juan, un tipo bárbaro y despótico, corpulento y forzudo, con unas manos de gigante, hombre que cuando entraba a mandar, trataba al pueblo en conquistador. Este gran Ratón no disimulaba como el Mochuelo; se quedaba con todo lo que podía, sin tomarse el trabajo de ocultar decorosamente sus robos.

Alcolea se había acostumbrado a los Mochuelos y a los Ratones, y los consideraba necesarios. Aquellos bandidos eran los sostenes de la sociedad; se repartían el botín: tenían unos para otros un tabú especial como el de los polinesios. Andrés podía estudiar en Alcolea todas esas manifestaciones del árbol de la vida, y de la vida áspera manchega: la expansión de egoísmo, de la envidia, de la crueldad, del orgullo.

A veces pensaba que todo esto era necesario; pensaba también que se podía llegar, en la indiferencia intelectualista, hasta disfrutar contemplando estas expansiones, formas violentas de la vida.

¿Por qué incomodarse, si todo está determinado, si es fatal, si no puede ser de otra manera? -se preguntaba-. ¿No era científicamente un poco absurdo el furor que le entraba muchas veces al ver las injusticias del pueblo? Por otro lado, ¿no estaba también determinado, no era fatal el que su cerebro tuviera una irritación que le hiciera protestar contra aquel estado de cosas violentamente?

Pío Baroja, El árbol de la ciencia (1911)

RESUMEN

El narrador expone la situación social y política de un pueblo español, dominado por el egoísmo, la cerrazón, la influencia de la moral católica, la ineptitud de los gobernantes, el caciquismo y la corrupción política. Andrés Hurtado reflexiona con pesimismo ante esta situación, contra la cual piensa que es absurdo luchar.

TEMA Y ESTRUCTURA

Crítica durísima a la situación social y política de un pueblo español.

El texto puede dividirse en tres partes:

1ª) Descripción de la situación social de Alcolea (líneas 1-7).

2ª) Descripción de la situación política de Alcolea (líneas 8-28).

3ª) Reflexión pesimista de Andrés (líneas 29-36).

COMENTARIO CRÍTICO

Se trata de un texto literario, fragmento de una novela, en el que, más que narrar, se expone o describe de manera muy crítica la situación de ese pueblo español y se reflexiona sobre ello. Esto hace que el texto esté más cerca del discurso expositivo-argumentativo que del propiamente narrativo. El fragmento pertenece a *El árbol de la ciencia*, la novela más representativa de Baroja, y se sitúa en el momento en que el protagonista, Andrés Hurtado, se ha trasladado a Alcolea como médico, en lo que podemos considerar como una experiencia más de su aprendizaje en la vida. Está escrito con un estilo sencillo, en léxico y sintaxis, muy característico de la técnica narrativa rápida y espontánea de Pío Baroja.

Alcolea es en el texto un pueblo simbólico, que está reflejando la situación común de un pueblo español a principios del siglo XX.

En la descripción crítica de la sociedad insolidaria y cerrada de Alcolea, el narrador recurre a un vocabulario de connotaciones muy negativas, a comparaciones despectivas ("como los trogloditas en su cueva") y a imágenes degradadoras que llaman la atención, como sucede al comparar a Alcolea con una ciudad sitiada por la moral católica. Todo ello nos transmite la impresión de un pueblo anquilosado, cerrado al exterior, muerto.

Más despiadada es la visión que nos ofrece de su situación política. Critica la "selección" de los gobernantes ("los más aptos eran allí los más ineptos"). Censura el caciquismo, fenómeno bien evidente en la política española de la época, y la alternancia en el poder pactada por los dos partidos, conservadores y liberales ("mochuelos y ratones"). Estas animalizaciones despectivas, la adjetivación usada para caracterizar a sus alcaldes ("muy clerical", "bárbaro y despótico", "bandidos", etc.) y las actuaciones depravadas de estos, con robos constantes al municipio, dejan clara la intención sarcástica del narrador.

Andrés Hurtado, como en otros momentos de la novela, reflexiona y extrae conclusiones, que responden a su espíritu angustiado y pesimista. Va inclinándose cada vez más por situarse a un lado, por la "no acción": "¿Por qué incomodarse, si todo está determinado, si es fatal, si no puede ser de otra manera?" La influencia del pensamiento pesimista de Schopenhauer parece clara.

El narrador emplea un tono variado. Adopta un tono burlesco cuando censura la sociedad y la política del pueblo (con rasgos tan extremados en la descripción de los caciques que están cerca del esperpento de Valle-Inclán). Y se torna serio, reflexivo, acorde con el espíritu del protagonista, al apuntar los pensamientos de Andrés Hurtado.

La intención del autor no ofrece dudas. Es Baroja, inconformista radical, quien está detrás de esta crítica clamando contra tantas injusticias de su época.

Se considera *El árbol de la ciencia* como una de las novelas más "noventayochistas", una de las que mejor definen el espíritu de la crisis del fin del siglo. El fragmento comentado lo muestra bien. Hay, por un lado, una crítica concreta a la situación de España (el tema de España, característico del 98); y hay, por otro, un protagonista, Andrés Hurtado, "alter ego" del autor, que ante la crisis ideológica general, adopta una actitud pesimista (son los llamados "conflictos existenciales" del 98, evidentes también en la obra de Machado, Unamuno, etc.).

Pero el texto de Baroja nos parece de plena actualidad. Algunos de los asuntos que critica siguen estando presentes, aunque sea de otra forma, en la realidad española de hoy: las costumbres cerradas de los pueblos, la influencia de la Iglesia, la ineptitud de los gobernantes... Hay uno, quizás, que nos llama la atención por su actualidad. Nos referimos a la corrupción política. Hay hoy en España muchos "mochuelos" y muchos "ratones" que, como dice Baroja, de forma suave o brutal, siguen saqueando la economía de nuestros municipios. Y ante ello debemos optar por la protesta radical, y no caer en ese fatalismo pesimista que aquí exhibe Andrés Hurtado.